



Milia Gayoso Manzur

El peldaño gris

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Milia Gayoso Manzur

El peldaño gris

A Julio

A modo de presentación:

La casa de los malvones

Pleno corazón de San Telmo.

Casona colonial, inmensa y antigua, con una fachada tan ruinoso que nadie adivinaría la belleza que aún guardaba en su interior. A la entrada, bajo la gigantesca puerta, se encontraba el peldaño de mármol gris donde solían sentarse los niños del inquilinato; luego estaba el zaguán, una puerta intermedia con gastadas cortinas y después el enorme patio.

Hacia la derecha se encontraban las piezas con altísimo techo; amplias, espaciosas, tan grandes que las personas que las ocupaban fácilmente las dividían en dos ambientes. Algunas piezas eran dobles, todas tenían pisos de madera en largas varas y cielo raso de yeso dibujado donde abundaban flores y cisnes.

Hacia la izquierda estaban las plantas: suspiros, geranios, begonias, malvones y clavelinas. Al final del patio un zaguán abierto flanqueado por altos arcos y luego, otro patio un tanto menor, con una hilera de piezas a la derecha y una simpática hilerita de baja edificación donde estaban ubicadas las cocinas, hacia la izquierda. Cada pieza tenía su correspondiente cocina, pero de todas sólo dos tenían pileta, entonces había en el patio, al lado de la pieza de doña Dominga, dos grandes piletas (una para los cubiertos y otra para las ropas) compartida entre todos. Los dos baños de la planta baja también se compartían entre todos los inquilinos y era usual ver una constante fila de potenciales usuarios al atardecer, cuando la mayoría había vuelto de sus empleos.

De la vieja construcción sobresalían la belleza de los pisos, con colores vivos y hermosos dibujos que no perdieron su esplendor con el paso de los años. Subiendo una angosta escalera de cemento se llegaba al primer piso, allí estaban ubicadas otras piezas, no tan bien edificadas como las de abajo pero tenían también una hilera de cocinas al fondo, y ya al final se encontraba la azotea, donde se tendían todas las ropas del inquilinato.

Cada pieza, cada persiana que cubría las puertas, cada peldaño blanco de mármol, llevaba el sello de quienes habitaban ese hogar.

Y cada pieza, en esa casona inmensa, tenía historias que contar.

.....
...

Pero eso fue antes de que inmensos picos la derrumbaran y se posaran gigantescos pilotes para que una autopista pasara sobre aquellos maravillosos pisos con arabescos. Y en una de esas piezas, alguien amanecía escribiendo pequeñas historias, casi de su tamaño.

El peldaño gris

Avanzó por el zaguán oscuro con una bolsa repleta de basura. Abrió una hoja de la enorme puerta de madera que la doblaba en tamaño y salió afuera, depositó en la vereda los desperdicios al lado de una hilera de bolsas y latas enormes con un maloliente cargamento. Miró hacia la calle: serían alrededor de las diez de la noche, el viento fresco de setiembre le removió las greñas cortas y la abofeteó en la cara.

En la otra cuadra la luz del supermercado iluminaba la mitad de la calzada, mientras algunos transeúntes volvían a sus casas con pasos presurosos. Mantuvo su mano en el picaporte por largo rato, luego, sin pensarlo cerró la puerta tras de sí. «Ya está», pensó, «ahora ya no puedo volver atrás»; no podía entrar porque no tenía llave, además no tenía ganas de continuar sufriendo tanto. Se sentó largos minutos en el enorme peldaño gris situado bajo la puerta, dejó que la brisa continuara jugando con su pelo y luego se marchó a cumplir con su determinación.

En la Avenida 9 de Julio los autos pasaban como hormigas, de pronto los vio formados en interminables filas esperando el cambio de color en el semáforo, cuando de repente se abalanzaban todos en rauda carrera. Esperó unos minutos sentada en uno de los bancos pintados de blanco de los paseos; se tocó el estómago que aún le ardía. Escupió una y otra vez, aún sentía el gusto a desinfectante en la boca (es que se lo había tomado de golpe, un trago tras otro hasta acabar con la lata triangular), después vinieron los vómitos: le zumbaron los oídos y sintió retorcerse las tripas en total rechazo al extraño brebaje. Entonces sin quererlo lo volvió a echar todo.

Miró los autos que pasaban uno tras otro, esperó la quietud mientras la luz daba rojo, y al mismo tiempo del cambio al verde salió al paso de los autos. Cerró los ojos y escuchó mil insultos de los conductores que la esquivaron peligrosamente; cuando terminaron de pasar los autos aún estaba allí, parada en medio de la avenida. Caminó hacia otro largo banco y se sentó a llorar impotente: ni siquiera la muerte la quería. En sus oídos retumbaron las voces que le gritaban: «¿Te querés morir?», «Andate a otro lado infeliz», «¿Estás loco desgraciado?». Su vaquero desgastado, la camisa a cuadros y su pelo corto la hacían aparentar un muchachito, ocultando a una niña de once años asustada y marchita.

Secas las lágrimas volvió a caminar sin rumbo por la ciudad enorme e indiferente. Nadie la molestó porque así como los conductores, los diferentes grupos de muchachos que recorrían las calles o tomaban cerveza en los bares instalados en las veredas, la confundieron con un muchachito moreno y triste, recién llegado del interior.

Caminó sin prisa hacia algún lado, sin saber precisamente dónde. ¿Adónde iría?, sin darse cuenta se encontró a media cuadra de la casa donde trabaja limpiando por las mañanas. Vio en la vereda a dos señoras: su madre y su patrona que la esperaban con la preocupación reflejada en el rostro. La primera pensó en una simple fuga, pero la segunda, conocedora de sus sufrimientos adivinó en parte lo que había ocurrido y trató de darle un poco de seguridad y el afecto ausente, en un abrazo.

Con pasos vacilantes y la rabia apretada en la garganta, volvió a traspasar el peldaño gris y la enorme puerta colonial.

Las primeras luces del día la encontraron con los ojos abiertos y fijos en el blanco yeso del techo.

Don Segundo

No importaban el sol, la lluvia o las olas bravas en los días de tormenta. Incluso muchas veces no importaron sus achaques si se trataba de hacerle un favor a alguien más enfermo que él, que precisaba con urgencia pasar al otro lado del río. Fueron casi treinta años trabajando de pasero, haciendo pasar gente desde Villa Hayes hacia Piquete Cué o saliendo al paso de los barcos o lanchas que venían del norte y traían pasajeros.

Por aquella época no existía aún el Puente sobre el río, en Remanso, entonces el cruce del río Paraguay se hacía por balsa y por canoa. Las balsas «Villa Florida» y «Villa Hayes» hacían pasar de una orilla a otra los automóviles, transganados y los colectivos de pasajeros, pero para esto cumplían un horario que se prolongaba sólo hasta las ocho de la noche, entonces, si de pronto alguien llegaba hasta el puerto de Villa Hayes y necesitaba pasar al otro lado esa misma noche, pagaba su tarifa y el pasero, desafiando el sueño o el frío, cruzaba hacia Piquete Cué para «llamar a la balsa», que «dormía» allí hasta su primera salida a las cinco de la mañana, y ésta, cobrando una tarifa especial, venía a buscar al pasajero que a veces era un estanciero, un militar, o un transganado repleto de vacas mugientes.

Muchas veces llovía y había tormenta, pero él, sin inmutarse, tomaba su largo capote, sus dos remos y partía contento a cumplir su misión. Generalmente la balsa llegaba antes de que él volviera. Más de una vez tuvo algún percance por el camino, pero siempre sorteó todas las dificultades y regresó a casa.

Conocía todos los recovecos del río y sus misterios, amaba y cuidaba de sus canoas como si fueran personas: «Sirena», «Campeón» y «Halcón» siempre estaban bien pintadas, limpias y desaguadas para que el agua no estropeará los maderos o el calafate. De tanto en tanto las sacaba a la orilla y panza para arriba eran reparadas por completo; un trozo de tabla aquí, estopa y bleque allá, para que quedara como nueva. Y con asientos anchos para que los pasajeros viajaran cómodos. Los remos estaban siempre lisos y parejos, pero más tarde fueron reemplazados por un motor fuera de borda que le ahorró el esfuerzo de los últimos años.

Sus ochenta y pico de años parecían cincuenta por su vitalidad y su elegancia. En su físico sobresalían sus hermosos ojos verdes y en su personalidad, su amabilidad. Ser un pasajero en su canoa era un verdadero placer porque siempre tenía una conversación amena y la palabra justa para todos los momentos. Además del río con sus ruidos y sus silencios, cultivó la amistad de seres de todo tipo.

En la orilla del río amarraba sus tres canoas a pilotes fabricados con troncos de diferentes árboles. Si el tiempo estaba inestable, él se levantaba una y otra vez a verificar que no se hubieran soltado las amarras o que las canoas no chocaran entre sí agitadas por el viento.

Cierta vez, fabricó sus pilotes del fino tronco de un sauce llorón que había traído de la isla San Francisco. Y ocurrió el dulce milagro de que el tronco sin raíz, convertido en un largo palo hundido en la orilla, metida en el agua en la zona plana donde atracaba sus canoas, echó brotes verdes. Decenas de hojitas verdes fueron poblando día a día el flaco tronco de aquel sauce dormido.

El angelito de yeso

-El angelito habla, doña Zoila, le digo que habla.

-Pero no mi hijo, cómo va a hablar un angelito de yeso, es sólo tu imaginación. Las voces nacen en tu cabeza y no en la boca del angelito inmóvil, no puede ser. Es imposible.

-Pero doña Zoila, lo que pasa que ese no es un angelito cualquiera, es uno muy especial. Ya sé que es de yeso pintado, pero habla y es mi mejor amigo, ocurre que es muy inteligente y sabe que si habla delante de la gente mayor, las va a asustar y lo van a derribar con un pico de albañil o un martillo, porque las personas mayores no entienden de estas cosas y van a decir que es obra del demonio. Eso es, los grandes no entienden de nada, creen que los pájaros no hablan, que a las plantas no les duele cuando les cortan un gajo, que las mamás de los animalitos no lloran cuando les quitan sus cachorros. Los grandes creen que solamente las personas sienten y pueden hablar, decir cosas, contar historias.

-Celsito, ¿cuándo empezó a hablar contigo ese angelito?

-Hace como dos meses doña Zoila. Un sábado yo estaba distraído en el Catecismo y la profesora me mandó a arrodillarme delante del Jesús Crucificado que está al costado del altar. Me arrodillé allí durante muchísimo tiempo. La profesora se olvidó de mí, todos se fueron y comenzó a oscurecer. Entonces escuché hablar a alguien, con una vocecita fina y dulce como la de los pajaritos. «Andate ya a tu casa» -me dijo-. «Andate ya a tu casa antes de que sea de noche».

Busqué a quien me hablaba y me di cuenta que era el angelito pintado en blanco y azul que está al lado de Jesús. Nos hicimos amigos, lo visito casi todos los días y hablamos horas y horas. El cura ya me pilló que hablo con él y dijo (ni él me cree), que hablo solo. Lo que sucede es que él tampoco escucha la voz de mi amigo. Le llamo Miguel, y ¡sabe tantas cosas!, hasta me está ayudando con el catecismo. Mamá tampoco me cree, doña Zoila, por eso le estoy pidiendo que usted hable con ella y le convenza para que no me prohíba ir hasta la iglesia para hablar con Miguel. El sábado pasado me acompañó hasta la clase de catecismo y le dijo a la maestra que no me deje entrar dentro de la iglesia. Dele doña Zoila, le voy a cuidar su canasto de chipa y vaya a hablar con mi mamá. ¡Dele doña Zoila!

-¿Y qué es lo que querés que yo le diga a tu mamá, Celsito? ¿Que tu amiguito de yeso habla? No le puedo decir eso Celsito, se va a reír en mi cara y ya no me va a comprar las chipas para tu merienda.

-Mamá me va a prohibir por siempre ir a la iglesia, doña Zoila, me va a hacer dejar el catecismo y Miguel se va a morir de tristeza porque no va a tener con quien hablar. Por favor, doña Zoila, no sea mala, no sea malita.

-Bueno mi hijo, cuidame un rato las chipas y voy a hablar con tu mamá. Le voy a decir que lo que te pasa, ocurre nomás luego cuando se es chico, eso de que las cosas, los animales y las plantas hablen; y le voy a contar también que cuando yo era chica hablaba con una raíz seca de picanilla que parecía un gato y que la raíz me contaba hermosas historias de luciérnagas amarillas.

El último beso

La pieza cinco tenía tres habitantes, pero sólo dos estaban constantemente en ella. En realidad la pieza cinco constaba de dos contiguas, que alquilaba el matrimonio Sáenz. Él, un policía que casi nunca estaba en casa, sólo algunas veces por la noche, algunas medias mañanas o ciertas tardes de lluvia, durante un momento para traer medialunas de hojaldre.

Ella era delgada, morena, con un enorme lunar sobre los labios, se llamaba Alejandra y estaba muy enferma. Su marido solía prepararle la comida antes de salir y hervía algún trozo de carne para su dama de compañía: Jacky, una perra bulldog. Jacky llenaba el vacío producido por la ausencia de hijos y era su alegría. La perra comía los bifés que Alejandra a

duras penas podía prepararse; dormía en su cama, usaba sus colonias y tenía un bien muy codiciado por su vecinita: una pequeña frazadita de lana.

No era el trozo de alguna vieja frazada, sino una frazadita en tamaño pequeño, con ribetes y a cuadritos, como corresponde. Desde que la vio, su deseo de posesión le quitó el sueño hasta que logró ganársela después de muchas insinuaciones de que sus muñecas tiritaban de frío por las noches. Namibia solía pasar largas horas con Alejandra, peinándola (lo cual agradaba muchísimo a la primera) o intentando sacarle un enorme y profundo barrito negro instalado cerca de su lunar. Pero esto fue siempre imposible, la impureza estaba muy profunda, muy metida en la piel amarillenta y ajada por la enfermedad.

A veces la niña le ayudaba a poner orden en sus habitaciones que generalmente estaban muy arregladas, quizás porque el policía lo acomodaba antes de salir o porque Alejandra se pasaba el día en la cama. De vez en cuando aparecía una hermana de ella a ayudarla, pero las visitas no eran muy frecuentes; en realidad su única compañía cierta era Jacky. Desde que alquilaron las piezas Alejandra salió afuera en ocasiones muy escasas y si lo hacía era para ir al médico o para pasear a la perra por la cuadra alguna mañana soleada, lo cual le representaba un gran esfuerzo porque el animal tenía más fuerza que ella y prácticamente la arrastraba tras de sí.

El policía no le simpatizaba en absoluto a la vecinita, porque ésta consideraba que él no la cuidaba lo suficiente. Una tarde, al volver del colegio ya no la encontró, la habían llevado al hospital. Namibia no sabía con certeza qué le sucedía, porque las veces que le preguntaba por su enfermedad sólo respondía que estaba enferma de la panza.

Se la llevaron al hospital porque tuvo hemorragia, o sea, una hemorragia mayor de la que estuvo soportando durante un año, y que fue acabando con sus fuerzas. Pasaron muchos días y ella no volvió. Jacky quedó encerrada durante tres días, arañando las persianas, ladrando tristemente hasta que se la llevaron a algún lugar el policía y una misteriosa acompañante. Mientras, la frazadita de lana continuó cobijando a Ana Carolina, la muñeca negra de trapo y a la rubiecita Mariana.

Una tarde, la madre de Namibia y otras vecinas fueron a visitar a Alejandra. Ésta le envió un beso enorme a la niña. Esa noche de julio fue muy fría y el viento de invierno le trajo un leve golpecito en la cara. Sólo al día siguiente supo que aquello fue el último beso que le envió Alejandra, antes de expirar consumida por un terrible cáncer en el útero. Ella se fue a las once y el beso llegó como a las diez y media.

Cuando desperté

Una almohadita, otra almohadita y el perrito. Todo encimado para subir arriba y sentirme más alta, tan alta que casi puedo alcanzar el techo. Una almohadita más quiero, pero ya no tengo. Yo salto, salto y salto, desde aquí hasta allá, no sé por qué pero me gusta. Da gusto tirarse sobre la almohadita, pero a veces me lastimo y lloro y viene mamá y me da

un beso, pero otras veces no está, entonces me quedo llorando mucho y viene una señora que no sé quién es y me habla por la ventana y a veces me pasa pan.

Últimamente ella llora mucho, casi más que yo. Yo suelo llorar porque tengo hambre, porque estoy toda mojada o porque quiero bajarme a caminar por el patio y no estar todo el tiempo encerrada en la cuna, pero ella no sé por qué llora, y además no es como yo que grito, grito y pataleo, no, a ella sólo le caen las agüitas, se acerca, me abraza y me hace doler aquí en el medio y yo le doy un beso largo y mojado porque no quiero que ponga esa cara. Yo sólo quiero jugar y quiero que ella juegue conmigo.

Hoy mamá tardó y tuve mucha hambre, y me ensucié y estuve llorando mucho, entonces vino otra vez la señora del otro día y me pasó algunas cosas ricas para comer por la ventana y me habló mucho, trató de hacerme reír y dijo que «mamá ya va a venir, mamá ya va a venir, no llores mi reina». Comí y comí y después volví a ensuciarme y ella no llegaba. Después, sentí muchos besos sobre mi cara y mi manita y pensé que estaba durmiendo, pero no. Mamá me estaba besando y cambiando, y me llevó afuera de la pieza para bañarme y dijo riendo que estaba muy grande y muy linda, que pesaba mucho, que apenas tenía fuerzas para alzarme.

Me dejó jugar en el agua y cuando se descuidó me bajé de la latona y caminé por el patio, le perseguí a un pollito y me caí en la tierra. No me retó como otras veces, me tiró agua con una jarra y me metió de nuevo en el agua. Después de bañarme me hizo mi teté y me puso talco y una ropita linda, y me dijo otra vez que parecía una muñeca, que era igual a mi muñeca, y me dijo también que una señora iba a venir a verme, que me porte bien, que no llore ni sea antipática.

Ella arregló las cosas, tiró el agua con que me bañé, barrió la casa. Yo quería bajarme a jugar con el pollito. Pipí, pipí, vení a jugar. El pollito me escuchó pero mamá lo sacó afuera, casi le pateó. Mamá mala le dije pero ella dijo que el bicho iba a hacer cacá en el piso. Pipí, pipí, le llamé otra vez y vino y me puse a saltar en la cuna y ella ya no se dio cuenta. Escuché un ruido, ¿un tutú mamá? Sí, dijo y salió afuera. Pensé que se iba otra vez y me puse a llorar, pero enseguida ella volvió y me alzó. Una señora fea llegó y me sonrió, y quiso alzarme upa pero yo me agarré del cuello de mi mami. «Dale un beso a la señora», me dijo, pero yo no le hice caso.

Me pararon sobre una sillita y la señora me revisó los pies, las manos y la cara, me tocó los ojos y pensé que me iba a pinchar allí como yo suelo hacerle a mi muñeca para ver qué hay adentro. Después mamá me dejó sentada en la silla y salió con ella afuera y hablaron y hablaron. Cuando entramos a la pieza mamá preparó algunas cosas sobre su cama, bolsitas y bolsitas que fue llenando con cosas y me puse contenta porque creí que íbamos a pasear. La vi guardar mi perrito sucio y mi muñeca sin ojos y mi ropita, entonces le pasé también mi almohadita; quería ayudarla para irnos más rápido. Pero no salimos y me dormí.

Cuando desperté no estaba en mi cunita sino en otra llena de juguetes, muñecas con ojitos y almohaditas limpias y nuevas. Una señora extraña tenía en la mano una taza con teté y me sonreía. Mamá, mamá, empecé a llamarla y me dijo ella: «Yo soy tu mamá

ahora». No sos mi mamá, no sos mi mamá, le dije y me alzó y quiso darme un beso y me mostró los juguetes y ropitas y muchas cosas.

Mi almohadita, le pedí y me pasó una muy hermosa, pero esa no era mi almohadita. Y me puse a llorar porque tenía hambre, pero no quería su teté sino el que me da mi mamá y quería encimar mis almohaditas sucias y jugar con el pollito.

Cervando

Por el enorme ventanal de la pieza uno se podía observar a Cervando que hilvanaba sacos, con la inseparable compañía de su radio y un gato blanco que todas las mañanas llegaba hasta la puerta de la sastrería a reclamar su porción de hígado crudo. Al mediodía traspasaba el peldaño para ir a almorzar con su madre, una anciana española de costumbres rígidas, pero encantadora, quien con su indomable carácter se encargaba de que todos los inquilinos mantuvieran limpios los baños y los patios, de que la basura fuera depositada en bolsas bien atadas o de que las alborotadoras adolescentes que vivían allí no pasaran horas ocupando las piletas o subieran como tornados la escalera que llevaba al primer piso.

Doña Dominga era un personaje resistido y querido a la vez. Sus rezongos solían sacar de quicio a más de uno, pero sus sabios consejos también eran muy valorados. A ella se consultaba sobre las enfermedades de los niños, sobre la forma de preparar un alimento, o era de pronto la almohada donde desahogar las penas. Le encantaba hablar de su España natal que había abandonado recién casada, recordaba con cariño a los padrinos que la habían criado, a las vendimias; hablaba de su infancia matizada de juegos y de tremendas palizas en manos de su tío que no perdonaba un solo desliz.

«No sólo de amor se vive», sentenciaba con frecuencia, queriendo convencer a las cuatro adolescentes del inquilinato de que a la hora de casarse debían tener en cuenta muchos factores y no sólo el afectivo. Por supuesto todas miraban al techo y cuchicheaban entre sí, seguras de que se casarían totalmente enamoradas de un príncipe azul que llegaría montado en un caballo blanco por las calles de San Telmo o en algún auto último modelo. Doña Dominga era de pronto la bruja del cuento o el Hada Madrina de Cenicienta.

El marido había muerto joven dejándola con dos hijos pequeños a los que sacó adelante con gran sacrificio, trabajando duro durante largas horas. Siempre llamaba la atención de las vecinas la inmensa cantidad de pinzas para sujetar ropa que poseía, y todas ellas pintadas de verde. Una vez contó que cuando salía a trabajar llevaba a su hijo mayor al colegio mientras el menor (Cervando) se quedaba sólo en la casa hasta que volvía su hermanito. El pequeño era depositado en la cuna con gran provisión de alimentos y pinzas de ropa para jugar. Dichas pinzas desaparecían a diario detrás del ropero, entonces, como ella no tenía tiempo para andar moviéndolo, los dejaba allí y compraba más. Hasta que, un domingo, haciendo limpieza encontró impensadas docenas detrás del mueble.

Cuando los niños crecieron se pusieron a trabajar a la par que su madre, luego, el mayor se casó y fue a vivir con su esposa en otra casa, y ella con Cervando se mudaron al inquilinato. Él se especializó en sastrería y montó un negocio con un amigo, consiguiendo alquilar un local ubicado frente a la casa, lo que representaba poco esfuerzo para llegar hasta allí. Era un hijo atento y cariñoso, pero solitario; demasiado mayor para continuar viviendo con su madre. Es que Cervando tenía un problema: rengueaba llamativamente, tenía la pierna izquierda atrofiada, como resultado de una parálisis infantil.

Doña Dominga solía comentar lo mucho que ambos habían sufrido por la invalidez de esa pierna, habiendo sido muy traumática para su hijo, a tal punto que a sus treinta y ocho años ni siquiera había tenido una novia. Las lágrimas le salían a borbotones cuando contaba que ahorró durante cinco años para juntar el dinero para aquella operación que según los médicos corregiría en gran medida el problema. Cuando por fin se pudo realizar y pasados los largos días de internación, abandonaron el hospital de niños una soleada tarde de sábado.

Días después volvieron al hospital para que Cervando se quitara los puntos de aquella larga cicatriz, y al cruzar la plaza ubicada frente al hospital, unos chicos que jugaban fútbol tiraron la pelota que fue a dar en la pierna recién operada. Y aquella pierna quedó peor de como estaba.

Las picaduras

Un hormiguelo constante en el pie derecho le hizo tratar de enderezarse, pero no le fue posible, sentía la cabeza pesada y no pudo poner derechas las piernas. Le pesaban, como si tuviera sobre ellas algo de peso grande, como si le hubiera caído encima algún tronco. Donato acomodó sus manos como lo hacen los bebés cuando duermen y las usó como almohada. Aspiró el olor a tierra húmeda, a aguacero, el olor a bananas maduras, a coco verde.

Le dolía intensamente la cabeza, y se lo achacó a la cantidad de caña que había bebido por la noche. Siempre pasaba lo mismo: tomaba uno y otro vaso hasta descontrolarse y terminaba durmiendo en la vereda del barcito o bien en algún baldío, camino a casa. Casi nunca lograba llegar a destino, la vez que estuvo más cerca fue cuando se detuvo a dormir sobre la muralla de los Ruiz, que viven a tres cuadras de su casa. Cuando doña Agustina se disponía a regar el jardín a las seis de la mañana lo pilló durmiendo a un metro del suelo y a punto de caerse, entonces hizo avisar a su esposa quien vino a despertarlo y a llevárselo hasta la casa.

«Donato, esto no puede seguir así, me hacés pasar vergüenza», le había dicho con los ojos llenos de lágrimas. «Todo el mundo se enteró, encima de que esa vieja es una chismosa, por poco no va a publicar que te quedaste dormido en su muralla, completamente borracho». «Callate Luisa», le gritó y fue a darse una ducha antes de salir hacia el trabajo.

Más de una vez su esposa le había insistido en que asistiera a una de esas reuniones que realizan los alcohólicos, pero nunca le hizo caso. «Lo mío no es grave», le decía, «cualquier día de éstos lo dejo, cualquier día, cuando se me antoje, pero no me presiones», la amenazaba. «¿Por qué no te quedás a tomar en tu casa?», le preguntaba siempre un socio. «Un día de éstos te vas a quedar dormido en el medio de la calle, te va a pasar encima un camión y te hace puré», le insistió bromeando. Pero Donato no quería beber en su casa, porque allí se volvía agresivo y maltrataba a Luisa y a las criaturas. Una vez le había pegado por la cara a ella y le tiró una silla a su hijo mayor que había puesto muy alto la radio.

El hormigueo continuó y la cabeza le dolía mucho más que antes. Aún no había amanecido del todo y escuchó ladrar a los perros que parecía seguirle a alguien que corría. «Tengo que irme a trabajar», pensó Donato, que aunque se emborrachara hasta perder el conocimiento por algunas horas, nunca dejaba de ir al trabajo aunque llegase tarde. Pensó en la reprimenda de Luisa, en su cara larga, en sus amenazas de dejarlo. Lo normal, eso ocurría por lo menos una o dos veces por semana. El hormigueo pasó también a la pierna izquierda y sintió anestesiada la lengua: «Esa caña estaba demasiado fuerte», pensó mientras intentaba levantarse del suelo. Al levantar la cabeza se dio un fuerte golpe con un cacho de bananas que se encontraba colgado muy cerca del suelo. «A la pucha, estoy en patio ajeno», dijo, o sea, intentó decir porque no le salían las palabras.

Sintió la picadura de una hormiga en algún lugar de la pierna, luego en la otra. De pronto eran varias hormigas que le picaban a la vez, primero muy fuerte, después fueron aflojando. Apenas pudo levantar la cabeza, le dolía terriblemente. Cayó al suelo y volvió a levantarse un poco, pero lo suficiente para ver sobre su cuerpo como media docena de alacranes negros que le recorrían de abajo para arriba.

Los pequeños gorros de muñecos

Los de la pieza seis sólo estaban al atardecer y los fines de semana. Ella trabajaba en una fábrica de muñecos: pequeños y simpáticos; se encargaba de colocar los bracitos y las piernas en los diminutos agujeros creados para ello. Solía comentar que colocaba cientos de miembros por día.

Volvía al atardecer, generalmente cargada con dos enormes bolsones de papel madera de las cuales sobresalían dos largos panes para la cena y los sandwiches que llevarían al trabajo al amanecer, ella y su esposo. Estaban casados desde hacía varios años pero no tenían hijos. Ella era fea de rostro pero tenía hermosas piernas: largas, blancas y rectas, caminaba con gracia y elegancia, pero cuando abría la boca lo arruinaba todo.

Una tarde trajo trabajo extra: gorritas para muñecos hechos a crochet. Anahí se ofreció a ayudarla, sabiendo que su vecina tenía poco tiempo, pero finalmente la ayuda de los primeros días se convirtió en trabajo constante y muy bien remunerado: juntas produjeron

grandes cantidades de anaranjados gorritos para muñequitos montañeses y otros marrones y verdes para estibadores y soldaditos.

En la primavera siguiente ella encargó un bebé que a su tiempo llegó sana y hermosa y logró que su semihundido matrimonio resurgiera con fortaleza. Ella dejó a cargo de Anahí los gorritos y se encargó de lleno a cuidar a su hija cuando volvía a casa. Mientras tanto, como su esposo llegaba mucho antes, él se convertía en padre y madre: la retiraba de la casa de enfrente donde la cuidaban durante el día, la bañaba, le daba la merienda, y jugaba largas horas en el piso con su pequeña.

Ocurrió una tarde cualquiera. Ya había anochecido cuando padre e hija volvían del almacén, él empujando el carrito con la mano derecha y cargando un paquete en la otra. Cruzaban la calle cuando las luces del semáforo cambiaron de color, de pronto se trabaron las ruedas del cochecito y se les vino encima un automóvil sin freno.

El carrito lila con patitos quedó aplastado, hecho añicos en el asfalto.

Y él no supo nunca quien pudo haberle puesto aquellas alas que le hicieron elevar a su hijita del asiento y tirarse los dos hacia la vereda.

Me lo trajo cargado de naranjas

Se quebró justo en la mitad. Se quebró en la zona que se encontraba más oscura porque hasta allí llegaba el agua, generalmente. De la base hasta ahí tenía un color verdeperdo por la constante presencia del moho que lo cubría después de tantos años de andar cargadito de agua. El borde dejó de existir hacía tiempo, se fue rompiendo de a poco: «oñehembeó yeyma», solía decir Teodora cuando al retirar el plato de aluminio que le servía de tapa, se desprendía un trozo de la arcilla hecha cántaro.

«Y ahora se acabó», susurró tristemente. Ella continuó aferrada a su cántaro los últimos veinte años, se negaba a tomar el agua enfriada en la heladera, así como muchas veces se negaba a abandonar esa habitación y los hábitos de antaño como cocinar en el brasero, liar sus propios cigarros o lavar los cubiertos en una latona en vez de hacerlo en la pileta. «Mamá, los tiempos cambiaron» -le decía su hija-. «Por qué vas a lavar los platos de esa forma si tenemos una hermosa pileta, por qué tenés que andar llenando de humo la casa con el brasero pudiendo hacer la comida con la cocina y por qué te emperrás con ese cántaro viejo y sucio cuando que en la casa hay dos heladeras».

Teodora no la escuchaba, seguía arrastrando sus pies por el patio, recogiendo los juguetes y las sillas que las criaturas desparramaban, o bien controlando el aroma de la ropa que la empleada iba tendiendo del alambre y si de pronto descubría cierto olor a jabón, se las hacía enjuagar de nuevo. «Estoy harta de esta vieja», solía murmurar entre dientes María Juana. «Vos no sos mi patrona, ña Margarita es la que manda por mí», le replicaba. Teodora la amenaza con hacerla despedir pero su hija nunca le hacía caso: «Mamá dejá de hacer correr a mis empleadas», le suplicaba.

Fue Raulito quien atropelló el cántaro con el triciclo y luego sonriendo corrió a mostrarle a su mamá los trozos de su trofeo de carrera. Sólo un charco grande y pedazos de arcilla quedaron del recipiente redondo que por años fue la cuna de los más gratos recuerdos de Teodora. «Tu papá me lo compró en Tobatí cuando se fue a vender los zapatos de cuero que hacía», solía repetir una y otra vez a su hija cuando ella trataba de convencerla de que lo tirara a la basura o que le permitiera usarlo como plantera.

«Me lo trajo cargado de naranjas», recordó mientras lágrimas gruesas bajaban a habitar los pliegues marchitos de su cara. «Él había viajado muy enojado conmigo, la pelea fue por su culpa pero su orgullo no le permitía admitir que provocó el disgusto, entonces cuando volvió me trajo el cántaro, las naranjas y un género azul con rayitas blancas...» Recogió los pedazos lentamente, la base estaba casi intacta, pero todo lo demás se había reducido a tan sólo arcilla húmeda y rota. El charco olía a aguacero, con el aroma dulce de la tierra cuando recibe el saludo de unas gotas gruesas y repentinas.

«No llores por esa tontería», le dijo su hija cuando la vio más pequeña y anciana que nunca. De pronto fue como si al romperse el cántaro, con él se hubieran ido las últimas energías de su madre. «No llores mamá», le susurró arrodillándose a su lado para ayudarla a recoger los pedazos. «Te vamos a conseguir otro, en Areguá hay algunos con dibujos, muy lindos», pero ni a ella misma le convencía la idea, pues sabía que ningún cántaro reemplazaría a ese. Y sólo en aquel instante llegó a comprenderla mejor. En el redondo vientre de ese cántaro habían viajado unas naranjas compradas con amor, luego, muerto él había quedado allí encofrado el recuerdo de ese regreso y el gesto cariñoso de la disculpa.

Le acarició la pequeña cabeza de escasos cabellos blancos antes de que Teodora se levantara y con pasos lentos e inseguros fuera a tirar a la basura los trozos de sus recuerdos.

Madrugada

Su rostro era el más bello del inquilinato. Los ojos marrones y enormes, nariz pequeña y respingada, pómulos generosos. Llevaba constantemente un pequeño poncho que le llegaba más allá de la cintura, ya sea en invierno o verano; quizás para disimular sus enormes caderas que quedaban desproporcionadas con el resto del cuerpo. Tenía dos hijos, una niña de diez años y un muchachito adolescente de un matrimonio disuelto, y vivía con un hombre con aspecto de aprovechador: siempre impecablemente vestido, perfumado y bien peinado, quien se quedaba todo el día en la casa sin hacer nada, porque decía sufrir de una úlcera sangrante que le impedía trabajar.

El hombre pasaba gran parte del día asomado a la ventana de la cocina espionando a todas las vecinitas adolescentes o bien se sentaba durante horas tomando sol o leyendo los diarios. Sin embargo ella se levantaba de madrugada a preparar la comida que dejaba hecha para la siesta antes de irse a trabajar.

La pieza de al lado estaba ocupada por un matrimonio con una hijita. Él, un muchacho que también salía a tempranas horas hacia el trabajo mientras su esposa se quedaba en la casa para cuidar de su pequeña hija y atender sus quehaceres habituales. Los padres y hermanos de ella también vivían en ese primer piso de la casa de alquiler, en otras dos habitaciones contiguas. Era normal verla a ella sin hacer nada en todo el día, desperezándose recién a media mañana, mientras su madre le lavaba las ropas o preparaba el almuerzo.

Se hicieron muy amigos con el concubino de la vecina y juntos pasaban largas horas conversando o sentados uno al lado del otro en cómodas reposeras con la cara al sol. Tenían todo el día disponible porque sus respectivos cónyuges volvían recién al anochecer y los hijos de la vecina estaban internados en el colegio de lunes a viernes.

Algunas actitudes de sus parejas hizo brotar la duda en los dos y en una de esas madrugadas frías de junio en que ambos salían a trabajar, se encontraron en el zaguán. Él le habló de sus sospechas que coincidían plenamente con los de ella, que vanamente intentaba no desesperar porque hacía rato que lo estaba notando. Decidieron que al día siguiente tratarían de sorprenderlos.

A la siguiente madrugada su vecino ya estaba aguardándola en el zaguán. Él fue a dar unas vueltas a la manzana para dejar pasar el tiempo mientras ella se sentó sobre el peldaño gris, masticando su angustia y su tristeza por esa segunda frustración en su vida.

Media hora después subieron de nuevo hasta el primer piso, y con la llave de él abrieron con brusquedad la puerta. Tendidos en la cama estaban los dos infieles, sumergidos en su éxtasis prohibido. Se oyeron golpes y gritos que despertaron a todo el vecindario. Cuando llegó la policía los dos cuerpos desnudos, totalmente ensangrentados yacían uno encima del otro, manchando el piso de madera. El de ella ya inerte, el de él convulsionando aún con un cuchillo de cocina clavado en la entrepierna.

La hermosa señora estaba en un rincón, presa de una profunda crisis nerviosa, y el marido burlado aseguraba a los policías que él mató a los dos, a pesar de que ella también tenía las manos totalmente ensangrentadas.

Un lunar en la nariz

He soñado con él estos últimos años (¿veinte, treinta?). Recuerdo su pequeño lunar rojo tapando la mitad de la naricita, recuerdo sus cabellos negros y su llanto largo pidiendo leche, recuerdo su primera hora de vida... y sólo eso. No quería darlo, ya había dado a los otros y sabía que estaban bien, las familias que los adoptaron me dejaban verlos sin que supieran que era su madre, pero a él querían llevarlo lejos y ya no podría verlo quizás jamás.

Cuando estaba de cuatro meses mi patrona se dio cuenta de que estaba embarazada de nuevo, se enojó porque dijo que le hacía gastar mucho dinero (me ayudaba a pagar mi tratamiento porque estaba un poco enferma de la cabeza: sufría de los nervios y a veces desvariaba un poco pero cuando estaba embarazada desvariaba con más frecuencia), pero al ponerme bien trabajaba como una burra y le tenía brillando la casa. Al final aceptó que me siguiera quedando en la casa como las dos veces anteriores. Y como las dos veces anteriores me dijo que yo no podía cuidar de mi hijo, que tenía que darlo a alguna familia que lo criara, y que ella me ayudaría a encontrarle un lugar.

No dije nada, aguanté calladita los meses siguientes y, sin que ella se diera cuenta, comencé a hacer pañales y escarpines por las noches. Pero un día revisó mi pieza y encontró el bolsoncito lleno de cosas para bebé y se puso violenta, me dijo que no tenía que encariñarme con él, que no preparara nada más que mi camisón porque ni bien nacía ella lo entregaría a un matrimonio italiano que lo cuidaría muy bien y lo llevaría a vivir lejos. Si me hubiera dicho que se quedaría aquí, quizás me hubiese sentido menos acongojada, pero recalcó que lo llevarían a un lugar lejano.

Entonces reaccioné y le dije que no lo iba a dar, que yo lo cuidaría. Ella soltó una carcajada y salió. Decidí que no lo daría por nada del mundo. Se puso extraña conmigo, me trataba mal, me amenazó con decirle a los papás adoptivos de mis otros hijos que no me dejaran verlos más. Y como no cedía me ofreció dinero, mucho, suficiente como para comprarme un montón de cosas. Dijo que lo hacía sólo para ayudarme, que yo no podría darle una buena educación a la criatura, que me iba a liar, que sería incapaz de sacarlo adelante por mis problemas de salud mental, por mis medios económicos escasos, por mi debilidad.

No dije nada.

Se me rompió la bolsa cuando estaba sacando la basura a la vereda, un martes a las seis de la mañana. Ella me llevó al sanatorio de su cuñado y nació mi hijo. Lo vi al nacer, cuando lo alzaron, después como lloraba mucho me permitieron que lo amamantara; más tarde, me dormí. No volví a verlo nunca, ella dijo que hizo lo mejor para los dos y que estaba segura que como lo quiero tanto enseguida lo comprendería. Estuve muy enferma, con los pechos reventados de leche, con fiebre, con la cabeza y el corazón a punto de estallar. Lloré, supliqué; pedí a gritos que me lo devolvieran, pero nadie me hizo caso.

Me volví un fantasma que ya ni siquiera servía para limpiar la casa, pero no podía deshacerse de mí porque tenía miedo de que la denuncie. Hacía como que me comprendía y disimulaba tratarme bien, pero yo me daba cuenta de que tenía unas enormes ganas de matarme con la mirada. Tuvo que contratar a otra empleada porque yo llegué al punto en que lo único que hacía era llorar por los rincones o vagar por la calle, y en una de esas me recogieron y vine a parar aquí todos estos años.

Nadie me visitó jamás. Los pocos parientes no se interesaron nunca por mí, entonces me quedé para siempre, porque aquí por lo menos como de vez en cuando y puedo elegir cualquier pasillo para dormir si otra enferma ocupa mi cama. Y sabe doctor, estuve pensando que seguramente mi hijo se parece mucho a usted, por ese lunar raro que tiene en

la nariz, no se ría, en serio le digo. Desde que usted llegó pienso que mi hijo le ha de parecer mucho porque tenía los cabellos negros como usted y un lunar que le tapaba la mitad de la nariz. Lo que pasa es que usted piensa que estoy loca, no cree que haya tenido un hijo, le digo más, tuve tres varones que ya han de estar hombres.

«¡Cuántas historias puede imaginar una persona!», pensó el doctor Giuseppe Merino, mientras se tocaba el lunar rojo que cubría casi toda su nariz y abandonaba el pabellón de mujeres del Hospital Neuropsiquiátrico.

La persiana verde

Los geranios rosados quedaron cubiertos por el cemento duro que caía como lluvia desde el edificio en construcción, situado al lado de la vieja casona colonial. Por las tardes, doña María solía sentarse en su baja silleta y uno por uno, trocito a trocito quitaba las gotas de cemento de las hojas y las flores.

Marilia saltaba sobre las baldosas con arabescos, simulando una rayuela imaginaria en solitario. Miró hacia arriba y vio a la vecina de la pieza ocho mirando a algún lado desde el balcón. Le llamó la atención que tuviera puesta tres bombachas: vio una bombacha azul, luego un borde muy rojo y otro blanco. «Quizás tenga frío», pensó, mientras seguía saltando sobre su invisible rayuela.

De pronto se acordó y salió corriendo hacia la calle. En la puerta del minimercado la esperaba doña Tercilia con sus dos bolsones cargados. Corrió alegremente hacia ella, serpenteando entre los transeúntes y atropellando un tacho de basura. Tomó los dos bolsones, uno conteniendo apio, papa y coliflor y el otro un kilo de pan flautita, queso y una botella de leche. Con su carterita colgando de la muñeca, doña Tercilia la siguió contenta. Solía repetirse esta escena casi a diario, la anciana le avisaba que ya iba de compras y ella calculaba los minutos y luego iba a buscarla al negocio de la otra cuadra; entonces le traía los bolsones.

Al llegar a la persiana verde que cubría la pieza de doña Tercilia vieron a sus visitas: su hijo, su nuera y el nieto adolescente, que la esperaban con enormes paquetes, llenos seguramente de las más diversas golosinas. Marilia sonrió encantada pensando anticipadamente en el festín que se darían ambas, mientras a la anciana le temblaban las manos de la emoción.

Ella no volvió a salir de su pieza por el resto de la tarde, ni siquiera de noche para ir a la pequeña cocina a preparar la cena, o para ir al baño, a pesar de que raramente iba al baño por la noche, doña Tercilia prefería usar su bacín de porcelana y luego ir a vaciarlo por la mañana.

Al día siguiente apareció en su puerta más blanca y pálida que nunca, arrastrando sus pantuflas con dificultad; en la mano izquierda su blanco bacín y en la derecha la llave del candado de su cocina. Saludó apenas. Primero fue a descargar su carga amarillenta y luego abrió la puerta de la cocina para calentar su tazón de leche, que se había olvidado de traer de la pieza y que tuvo que volver a buscar.

De siesta se preparó una ensalada de lechuga y un pequeño bife que apenas probó, luego se encerró toda la tarde. Ni siquiera se levantó para ir de compras o para tomar un poco de sol con su pequeño pañuelo blanco sobre la cabeza. Se la vio recién al caer la noche cuando fue a candadear la pequeña cocina.

La mañana siguiente la sorprendió desarmando y limpiando las hornallas de su viejo Volcán, con los ojos cubiertos de lágrimas. Las vecinas se desesperaron porque a su rara actitud de los dos días se sumaban las extrañas lágrimas. Recién por la tarde se supo la razón de su tristeza: su hijo la trasladaría a un asilo.

Ofreció sus cosas en venta: la ornamentada cama de bronce, los hermosos y majestuosos muebles traídos desde Italia con su difunto esposo, la cocina, la heladera, los pequeños y bonitos objetos rescatados de su antigua opulencia.

Se la llevaron un sábado a media mañana, vestida con un batón floreado y una de sus tantas pantuflas peludas. Se despidió de todos con una profunda tristeza que denotaba aún más sus muchos años vividos.

El invierno siguiente abandonó el asilo, pero en una trabajada caja marrón de madera.

Entre las seis y las siete

Cortó el limón por la mitad y se pasó por la cara uno de los pedazos: sobre los pómulos, en la frente, sobre la nariz. Le empezó a arder en todas partes, entonces fue a lavarse la cara con agua tibia y un poco de jabón. Se puso crema y se sentó en la cama. «No sé si debo ir, si es correcto», pensó Georgina mientras se acariciaba las manos y comprobaba el efecto del limón sobre sus espinillas.

«Tengo tiempo, la cita es entre las seis y las siete, y no es preciso que llegue temprano, puedo estar allí a las siete menos cinco. ¿Qué me pongo? No tengo nada nuevo, nada que me haga lucir joven, ¿por qué no pensé en eso antes? Pude haberme comprado algo». Revolvió el cajón de las blusas y revisó sus polleras, todas oscuras y gastadas, todas muy con pinta de empleada pobre y vieja. A Rogelio lo conoció en el colectivo cuando volvía del trabajo en la biblioteca del Centro Cultural, él le dio el asiento y después cuando se desocupó el de al lado se sentó allí, hizo un comentario sobre el calor, la invasión de moscas y al final se bajó en la misma cuadra que ella con el pretexto de buscar una dirección en ese barrio.

La acompañó hasta su casa y al día siguiente le envió una orquídea lila con una tarjetita: «Quisiera volverla a ver». «Cosas así ocurrían antes, treinta años atrás o se ve en las películas», dijo Georgina, divertida y emocionada, porque era la primera vez en cincuenta años que alguien le regalaba una simple flor, y encima ¡una orquídea!

Después la fue a buscar al trabajo y hablaron de sus soledades, del primer matrimonio de él, de su esposa muerta, de los hijos ya casados, de sus cinco nietos; y hablaron de ella que nunca estuvo casada, que tuvo dos novios cuando joven y de los hijos de su amiga que le decían tía.

Cuando la dejó en la puerta de la casa le dijo que estaba feliz de conocerla, que era una mujer muy dulce, que daba gusto estar con ella. Y Georgina no supo qué decirle, sólo sonrió y correspondió a su apretón de manos y el corazón le latió con fuerza cuando la besó en la mano (como en las películas) y luego lo vio perderse al doblar la esquina.

Semanas después le habló de sus intenciones de presentarla a su familia, le contó que le había hablado de ella a sus hijos y querían conocerla. Georgina sintió pánico. «No. ¡Cómo voy a irme a tu casa!», le dijo, pero tanto le insistió que era una descortesía continuar negándose. Marcaron el encuentro entre las seis y las siete de la tarde. Él quiso ir a buscarla a su casa, pero ella insistió en llegar sola hasta la suya.

Se levantó de la cama y comenzó a pasearse por la habitación, de una punta a otra, después volvió a mirar su ropa. Separó su pollera marrón y su camisa beige con encaje en el cuello y los bolsillos, el mismo que se había puesto cuando se casó su amiga Miguela en... Planchó su ropa, luego se bañó, se puso colonia, se vistió con cuidado y se dispó rubor en las mejillas y un lápiz labial tenue.

Cuando salió de su casa ya eran las seis y media de la tarde y comenzaba a oscurecer porque era invierno. A las siete en punto bajó sobre Eusebio Ayala y comenzó a buscar la numeración: Morquio 1238. Como a trescientos metros de donde estaba lo vio parado en la vereda, esperándola, con sus nietitos al lado.

Navidad

Ella había lustrado el piso y puesto la mesa para la cena que no se serviría aquella noche; acomodó los muebles, se bañó y se puso algún vestidito, las medias y los zapatos negros del colegio. Pero su madre continuó acostada sollozando. Él se había ido a pasar la Navidad con sus padres después de protagonizar una de las habituales peleas, dejándola triste y aturdida. Entonces se dejó caer en la cama y no preparó la cena ni festejo alguno para esa noche.

Lía deambuló por la pieza, por el patio, el zaguán de entrada, la cocina. Le lastimaba profundamente ver a su madre en ese estado, le lastimaba esa navidad tan triste, sin festejo

ni estrellitas, lejos las dos de las personas que querían y las quería, y zambullidas en las fauces de esa gran ciudad.

Esa mañana, doña María, la de la pieza cuatro, le había regalado un hermoso collar con perlititas y flores de coral que le había pertenecido desde su adolescencia. Se había puesto muy contenta con el regalo, además el día prometía transcurrir en forma plácida y tener una nochebuena tranquila, con una cena para tres y luego un intercambio de saludos con los vecinos, y no así, con su madre llorando y ella recorriendo el silencioso inquilinato.

La señora Florencia le llamó hasta arriba para darle un regalo de Navidad: eran dos pañuelitos bordados por ella misma; la amable cordobesa le dio un fuerte abrazo a la vez que le decía que algún día sería muy feliz. Lía no supo qué responderle; quizás la buena señora pudo ver en sus ojos su enorme tristeza y por eso trató de consolarla.

Lía se encerró en la cocina y se puso a llorar despacito, para que nadie la sintiera al pasar por el corredor, pero por la pequeña ventanita apareció la madre de María Estela que le pidió una y otra vez que invitara a su madre para compartir junto con ellos la cena. Ella se negó siquiera a mencionárselo. Entonces la señora le pasó un plato con pollo y ensalada.

Se le revolvió el estómago al ver la comida y recordar que desde el almuerzo no había comido nada. Cientos de veces miró la comida, dio vueltas y vueltas al plato, pero no se animaba a tocarlo por temor a ser descubierta por su madre y tampoco se animaba a ir a invitarla para compartirlo, pues ella le había dicho que preparara algo para comer si tenía hambre, pero Lía no sentía ganas de hacer nada para ella sola. Además ya eran las diez y media de la noche.

El inquilinato estaba casi vacío, sólo los de la pieza cinco y dos familias del piso superior se habían quedado allí, todos los demás fueron a casa de sus familiares. Fue junto a su madre que se había quedado dormida, entonces volvió a la cocina y partió la comida en dos porciones iguales y comió una, varias veces pensó en la posibilidad de llevarle la otra parte pero no se animó, entonces la tiró a la basura.

A las once, cerró las persianas, apagó las luces y se acostó a dormir.

La sombra

Aquella vez la oscuridad era igual de completa y tenebrosa. Caminando cinco cuerdas ya llegaría hasta una zona más iluminada. Aquella vez también fueron cinco cuerdas oscuras sobre una calle de La Boca, y de pronto una sombra igualó sus pasos, la aventajaba o quedaba atrás por unos segundos para volver a igualar su propia sombra.

El miedo la había paralizado. Era la sombra de un hombre, no conocía sus intenciones pero era evidente que la seguía y por la forma subrepticia en que lo hacía consideró que no sería para nada bueno. No se animó a mirar atrás, sólo atinó a hacerlo de soslayo, hacia su izquierda para espiar a la sombra que la acompañaba. La fue vigilando durante las dos

cuadras y le pareció de pronto que ya no la seguía, entonces decidió doblar hacia la otra esquina, la opuesta por donde debía ir para tomar el colectivo. Igual que ahora.

Pero esa vez, la sombra le salió al paso de repente y la tumbó al suelo, la arrastró hasta un zaguán mugriento y la desgarró, por fuera y por dentro. Le atajó las manos, y la golpeó una y otra vez, la lastimó tanto, pero tanto, que diez años después continuaba sintiendo las heridas, las de afuera y las de adentro, esas que quebraron su inocencia, su confianza, su plenitud.

Cuando la recogieron, estaba completamente ensangrentada, con la ropa desgarrada, los ojos rojos de llorar, los labios hinchados de tantos besos bruscos y no deseados. La había mordido en la mejilla, en las orejas y en los brazos en respuesta a las mordidas de furia de ella, mordidas impotentes ante tanta brutalidad.

La convencieron para que hiciera la denuncia, pero no la completó porque tenía que repetir una y otra vez todo lo que pasó aquella noche, además, era una denuncia sin sentido, porque... ¿contra quién?, no le había visto la cara en medio de tanta oscuridad. Sólo lo sintió en toda su bestialidad insaciable una y otra vez. Se fue del país, dejó su trabajo, sus amigos, su familia. Se fue para olvidar y por temor a volver a cruzarse con él en cualquier calle, cualquier día o cualquier noche, en medio de esas sombras de las cuadras oscuras.

Volvió a sentir los mismos escalofríos con esa sombra imprecisa que de pronto era alta y alargada y otras veces sólo ancha, casi sin forma, y la seguía fielmente como un perro sigue a su dueño o a alguien que le cae simpático. «No volveré a dejarme arrastrar tan fácilmente, no me va a tener porque se le antoje», dijo y preparó su plan de batalla.

Desde aquella vez había leído muchísimo sobre casos de mujeres atacadas; en algunas de ellas, las víctimas se defendieron y salieron sólo golpeadas, pero también golpearon al agresor allí donde más le dolería. Y eso es lo que haría ahora, lo dejaría acercarse sin oponer resistencia, fingiría placer y luego le daría una patada tan fuerte que lo mataría de dolor.

La sombra la igualó a mitad de la cuadra y ella aceleró sus pasos, pero el que la seguía también, y flaqueó, ya no se sintió tan fuerte como para enfrentarlo.

Se detuvo. La sombra también. Ella sintió un sudor frío en todo el cuerpo, tan frío como aquello que se le arrimó a la pierna. Cerró los ojos, y cuando los abrió pudo ver al perro enorme que la había venido siguiendo y se entretenía en olisquearla y mover felizmente la cola.

Ese martes de abril

«Ruego a la celadora deje salir a mi hija antes de la hora». Así comenzaba la nota enviada por la madre de Mariel al colegio, porque ella le había hablado de su deseo de ir a estudiar a la casa de Betty. Betty, la amiga inseparable: era tres años mayor que ella y estaban en cursos diferentes, pero siempre la ayudaba con las tareas y le prestaba los libros que ya había usado en cursos anteriores.

Se conocieron una mañana lluviosa, el día en que doña Tercilia se mudó al inquilinato, pues los padres de Betty eran amigos de la anciana y fueron quienes le consiguieron la habitación. Aquella mañana, Mariel observaba la mudanza desde el peldaño de mármol blanco de su pieza, mientras que desde las rendijas de la persiana verde la miraba Betty, de arriba para abajo.

Las dos con caras de muy pocos amigos, compitiendo por conseguir quién de las dos inflaba más los carrillos denotando indiferencia y enojo. Tiempo después confesarían lo que pensaba una de la otra: que Betty parecía una gordita engreída y Mariel una campesinita flaca y despeinada. Comenzaron a ser amigas la tarde en que doña Tercilia las mandó a comprar medialunas y las sentó a ambas a merendar con ella.

Betty vivía en el edificio de la esquina, era la única hija de una pareja española ya mayor, que dentro de sus posibilidades económicas la criaba como a una princesita. Betty tenía la habitación llena de muñecos y de peluches y una caja repleta de hebillas de todos los colores.

Bastaba una llamada telefónica para que una u otra se asomaran al balcón o al peldaño para invitarse a un paseo hasta la carnicería o la panadería.

Bastaba una llamada de madre a madre para que Mariel fuera a casa de Betty a mirar televisión, a dibujar y años después a escuchar a Sui Géneris con cara soñadora. Toda actividad iba acompañada por jugo de zanahorias, gaseosas, hamburguesas preparadas por la madre de Betty o sandwiches de jamón y queso; o era Betty quien solía escaparse al inquilinato para devorar enormes trozos de pan remojados en Fanta, lo cual encantaba a las dos.

La madre de Betty sugirió a la de Mariel que la enviara al mismo colegio donde su hija había estudiado la primaria, y allí fue Mariel. Y luego, años después, cuando comenzó la secundaria, fue Betty quien la acompañó a la Escuela de Comercio (donde estaba estudiando actualmente) para llenar la solicitud y rendir el examen de admisión.

Betty compartió con ella los primeros recreos de ese primer curso, mientras comían medialunas con dulce de leche; hasta que fueron separándose, llamadas cada una por sus compañeras de curso, pero sin dejar de convidarse con la merienda o fotografiarse frente al mástil de tanto en tanto con la pequeña cámara fotográfica de Betty.

Y por esa época, entre medialunas, fotos y brillo rosa suave para labios, comenzaron a soñar con alguien cada una. Betty le habló de su príncipe azul: de sus ojos celestes, su pelo rebelde, sus sonrosadas mejillas, de lo bien que le quedaba el uniforme, de su forma de

sacudirse el flequillo. «Lo has de conocer porque vive en la otra cuadra», le dijo. Y quedaron en salir a las tres de la tarde de ese martes de abril, para verlo.

Después de haber entregado sus respectivas notas a las celadoras de cada curso, dejaron el colegio y fueron a instalarse en la esquina del colegio donde estudiaba el príncipe del flequillo rebelde, sólo para verlo pasar y conocer al que tenía enloquecida a Betty.

Después de una hora de espera, los ojos de Mariel brillaron intensamente y el corazón golpeando a punto de saltar a través del guardapolvo blanco. «¿Lo ves?», le dijo Betty, «ese de ojos color cielo limpio es mi príncipe», le insistió, señalando al mismo adolescente con el que Mariel había estado soñando en secreto desde los once años, con un sueño tan suyo, tan secreto, que ni siquiera lo había compartido con su mejor amiga.

Vestida de negro

La gente los miraba. Pero para ellos el mundo estaba reducido a esas baldosas sobre las cuales bailaban. Ester se apretó contra el cálido cuerpo de Santiago y bailaba con la pasión que se siente a los veinte años, disfrutando cada paso, cada tema, cada minuto en los brazos de quien se ama. Él la miró y supo por el roce de su mejilla que estaba hurgando en el fondo de su corazón, donde había recuerdos espantosos pero también otros inolvidables. Fuera de esas baldosas, otras parejas giraban alegres, había gente conversando, cenando, brindando por Camila y Ernesto, para que fueran felices... Y en un rincón, una mujer se mordía los labios para no ir a sacar a su marido de los brazos de Ester.

Bailaban como dos enamorados. Como los enamorados que fueron veinticinco años atrás... desde veinticinco años atrás. Se habían querido bastante, llevaron tres años de noviazgo aparentemente normales, sin mayores altibajos, yendo a fiestas, al cine. Él la visitaba en su casa, la llenaba de regalos, de mimos, de amor. Y se embarazó. No la abandonó del todo pero tampoco la protegió; cuando nació la niña en vez de aumentar las visitas las fue disminuyendo, primero de a poco, luego dejó de ir casi dos meses hasta que apareció un día y le entregó la tarjeta. Era la invitación a su casamiento con otra.

Ella se sintió morir, pero no le dijo nada, sólo le pidió que se fuera. Luego supo que la otra chica también esperaba un hijo suyo. El día de la boda amaneció lluvioso y la niña estaba con un cuadro gripal bastante delicado. Desde que se levantó Ester estuvo tomando tranquilizantes para que a las ocho de la noche estuviera muy tranquila.

A las siete de la tarde encargó a su madre que cuidara a su hija y salió, fue a la casa de una amiga, a cinco cuadras de la Iglesia de San Lorenzo, y aun con la resistencia de la misma se vistió de negro completamente y se fue.

La ceremonia estaba en su apogeo. Todas las luces de la iglesia prendidas, una alfombra roja, cordones blancos, flores y moños en los asientos, gente elegante, una novia vestida de blanco y Santiago casándose con otra. Fue pasando los asientos uno a uno. Algunos la reconocieron y trataron de atajarla, de hacerle entrar en razón, de hacerle salir. Avanzó

hasta la primera fila donde estaban sentados los padrinos. La mamá de él la miró angustiada. Se sentó en la punta del banco, hacia el pasillo y presencié el acto de la ceremonia. Ella aseguró amarlo y serle fiel por el resto de sus vidas y él le prometió amor y protección, le puso el anillo y le dio un beso y el sacerdote les pasó la mano y los bendijo para que fueran felices.

Cuando se dieron vuelta la encontraron. Ester se acercó a Santiago, lo abrazó y le dio un enorme beso mientras le deseaba felicidad y salió de la iglesia ante la mirada atónita de todos los demás.

No la pudo olvidar, aquella noche cuando tuvo a su esposa entre los brazos, ni al día siguiente, ni después. La fue a buscar cuando pasaron cuatro meses y descubrió que el embarazo fue una treta para hacerlo casarse y allí supo lo mucho que la quería, pero Ester estaba llena de rencor. Sin que él lo supiera se fue a Buenos Aires con su hija, donde vivieron veinte años. Ester se casó y tuvo otros hijos, pero luego enviudó.

Camila quiso volver a Paraguay para casarse, y volvieron. Buscaron a Santiago, tomaron una sidra, conversaron de todas las cosas que ignoraban unos de otros durante tanto tiempo. Prometieron obviar las cicatrices por el bien de la hija.

Las baldosas parecían arenas movedizas que los succionaban para que no pararan de girar lentamente, y de sentir uno el aliento del otro. Escucharon la voz de Camila llamándolos para posar junto a la torta... y fueron hacia ella, tomados de la mano, ante la mirada incrédula de los invitados.

El ponchito a rayas

Otra que usaba poncho todos los días.

María Estela iba y venía a todas partes con su ponchito cortón, con rayas horizontales en las puntas y unos flecos desparejos. Gris con marrón clarito. «Es un poncho de auténtica vicuña andina», solía jactarse con un melodioso tonito santiagueño. A veces hacía frío y se justificaba su uso, pero en los primeros días calurosos de aquella primavera, el ponchito no combinaba en absoluto con su vestidito floreado de algodón.

Solía hablar de su novio con insistencia, y a las otras chiquilinas les parecía demasiado precoz, demasiado apurada en tener un enamorado en serio. El Juan ese, del que se pasaba hablando todo el día, especialmente los lunes cuando volvía de la casa de su padre, era un joven doce años mayor que ella y la tenía completamente aturdida.

María Estela vivía con su madre y su padrastro en la pieza cuatro, de lunes a viernes, y los fines de semana con su padre, y era en casa de él donde tenía apasionados encuentros con su príncipe encantado, casi siempre a solas porque su padre salía a bolichear los sábados de noche y su única hermana se encerraba en la pequeña sala con su novio durante largas horas. Entonces la noche entera estaba a disposición de los dos para «conversar y conversar», según decía, tratando de convencer a sus amiguitas, tres o cuatro años menores que ella.

Hacia sólo un año que María Estela había vuelto a ver a su madre y a vivir con ella, pues ocho años atrás ésta había abandonado a su marido y a las dos hijas para ir a vivir con un cantante folklórico, con quien seguía unida. Durante esos siete años las niñas tuvieron prohibido ver a la madre y recién cuando fueron más grandes hicieron recapacitar a su padre sobre esa actitud.

Entonces vino a vivir con ella mientras que la mayor se quedó con el padre. Y por ahí como a medio año de haberse mudado comenzó con su moda del ponchito: iba de compras con él, lo llevaba al colegio, lo llevaba los sábados sobre su pollera rosada de días de paseo.

«La Estela ya va a cumplir quince», andaba diciendo su madre en las conversaciones con las vecinas y se metió a comprar cosas para el festejo: encargó la torta, los bocaditos, unos souvenirs con tul, los zapatos blancos y un ramito de alielés para el pelo.

Y llegó el gran día, la mamá y la hermana de María Estela iban y venían trayendo comida, torta y bebidas que fueron acumulando en la larga mesa del comedor, para luego trasladar todo a la casa paterna donde se haría la fiesta.

María Estela partió orgullosa en la cabina de la camioneta en la que cargaron las cosas, con el pelo totalmente rizado y los alielés luciendo como una hermosa corona.

El lunes apareció en el inquilinato con souvenirs y trozos de torta para todos; se reunió con sus amigas para comentar los pormenores del festejo y exhibir los obsequios. Una de las chicas le preguntó si se había puesto el ponchito sobre el vestido de fiesta y María Estela se sonrojó vivamente.

Como tres meses después se fue a casa de su padre a mitad de semana y no volvió en varios días. Regresó un miércoles de siesta, con su vestidito amarillo y sin el poncho. Ya no lo necesitaría en adelante, pues traía en brazos al enorme bebé que había estado cobijado bajo el abrigo del ponchito.

Elisa

Quise salir corriendo, sin rumbo, quise morir, que me tragara la tierra. Quise no haber existido nunca cuando lo supe. Ella me tiró, me sacó de su vida, me dejó y luego desapareció. Y ahora vuelve y me busca, quiere tratar de explicar lo inexplicable; yo no la quiero oír, quiero que se marche.

Ya me lo habían dicho varias veces en la escuela, o sea, me lo habían insinuado suavemente algunas compañeras, y con maldad otras, pero papá decía que no tenía que darle importancia a las habladurías. «Te envidian», susurraba, mientras me apretaba contra su pecho.

Una vez le planteé seriamente a mamá: «Dicen que no soy hija de ustedes, que soy adoptada. Por favor, contame la verdad», y ella se estremeció, preguntó quién me lo había dicho y cuando se lo conté dijo que era una tontería: «Claro que sos nuestra hija, de lo contrario cómo te explicás que te queramos tanto», y salió de la habitación, pero a mí me quedó una sensación de vacío en algún lugar del pecho, una sensación de vacío que no supe explicarme, quizás porque ella no es tan cariñosa como papá. Sí me quiere, eso lo sé bien.

Mis amigas suelen decir siempre que tengo una familia hermosa: mis padres están en buena posición económica, son alegres y afectuosos, papá mucho más que mamá, pero a cambio de las demostraciones ella suele sentarse a conversar conmigo sobre mis amigas, el colegio, las cosas nuevas que quiero y planeamos juntas mi fiesta de quince años que va a ser el próximo año. Es una buena mamá, pero él es especial, sé que me adora.

Pero mi vida rosa cambió. Un sábado no me dejaron salir a la tarde porque según dijeron «venía una visita», que se presentó a las cuatro de la tarde. La visita era una mujer morena, un poco gorda y no muy bien vestida. Fueron rápidos, sin rodeos; sin demoras me tiraron la verdad a la cara. Que yo no soy hija de ellos sino de la mujer y de vaya a saber quién, que yo no soy Delicia Saravia, sino... quizás ni siquiera había tenido tiempo de ponerme nombre. Dijo que me había dado porque no podía criarme, porque... no quise oír más y salí corriendo hacia mi habitación, a hundir mi cara contra el colchón, aunque hubiera querido continuar hasta quedar extenuada, lejos.

Ella me dejó una carta, escrita con letra desigual e infantil. Ella se llama Elisa y, ¡hablaba de tanto amor!, pero no le creí. Durante los días siguientes seguí recibiendo cartas, en ellas me explicaba una y otra vez que estaba sola, sin trabajo, sin familia, que no quiso abortar y optó por darme a una buena familia. Mis padres, ¿mis padres?, estaban callados, trataron de explicar pero no quise oírles. Estaba furiosa, no sé con quien, pero furiosa.

Continuaron llegando cartas que decían lo mismo, que estuvo sola, que estuvo tan triste, sola, triste, sola, triste... Papá me habló ayer y dijo que el amor de ellos está intacto, que yo soy el verdadero amor en esta casa, que me acogieron con afecto, que eligieron que fuera su hija.

Recibí otra carta de Elisa: «No quise perturbarte, ni llevarte de allí, tenía una inmensa necesidad de verte y darte un abrazo y que por una vez en la vida me digas mamá, sólo eso mi bebé y después me iría, y resulta que me voy sin abrazo, sin esa palabra que hace años quiero oír y con tu odio...

No terminé la carta, lo llamé a papá al trabajo y le pedí que me llevara a despedirme de ella.

Un viernes de mañana

Doña María solía cantar alegres canciones en la pequeña cocina.

Su reino en ese inquilinato se reducía a una pieza y la pequeña cocina que le servía como tal, además de comedor y lugar para guardar los trastos que ella tenía a montones.

Era morena, de cabellos ensortijados poblados de numerosas canas. Tenía un carácter jovial, le gustaba conversar, y reunirse con los demás inquilinos, pero la gente en general le huía porque exhalaba un tufo insoportable.

Los que la conocían de antaño contaron que vivía allí desde hacía cuarenta años, llegó de España con su primer marido y se instalaron en esa pieza. Diez años después enviudó y volvió a casarse enseguida. Por aquella época era una mujer hermosa de aspecto cuidado, pero años después volvió a enviudar y entonces se descuidó por completo.

Vivía sola, con un gato negro con quien se pasaba conversando. Le hablaba al animal como si éste fuera a entenderle. Le reprochaba constantemente que orinara sobre el piso de madera y no en la caja de cartón con aserrín que le preparaba. La pieza de doña María era un misterio, siempre tenía la puerta y la enorme persiana cerradas, y sólo se percibía un poco de luz por las rendijas. Solamente doña Dominga solía contar que tenía hermosos muebles y finas joyas. Pero algunos comentaban que seguramente sus sábanas estaban duras como una lona, de tanta mugre.

Los jueves, un olor insoportable salía de la pieza de doña María, y todos los demás inquilinos se tapaban la nariz cuando pasaban cerca, pero no le decían nada porque estaban hartos de protestar por aquel olor desagradable cuyo origen ya conocían de sobra: en dos enormes tachos, sobre sus calentadores, hervía todo tipo de menudencias de vaca para alimentar a veinticuatro perros, protegidos suyos.

Tales animales vivían con una anciana amiga y una vez a la semana doña María salía cargada con dos enormes bolsones en los cuales llevaba bofe, corazón o riñón hervido, además de galletas duras que compraba en los almacenes.

Nadie sabía de dónde sacaba el dinero para mantenerse y comprar la comida para sus perros, entonces se conjeturaba que tal vez fuera vendiendo sus joyas de a poco o que su anterior marido le haya dejado dinero en el banco. Lo cierto es que, aunque doña María no cuidaba su aspecto exterior, sí cuidaba su alimentación y jamás dejaba de comer galletitas de hojaldre con su mate de la mañana, y solía preparar aromáticos bifés que compartía con su gato.

Una vez estuvo sin salir de la pieza durante tres días, entonces muy preocupados, tres vecinos forzaron la puerta y entraron a verla. La encontraron con fiebre y delirando sobre

su colchón húmedo de orín. Trajeron un médico para atenderla y cuando estuvo mejor, una de las vecinas la llevó al baño y munida de jabón y esponja la bañó como a un bebé, le cambió la ropa y las sábanas y le barrió la habitación.

Los muebles de su pieza, la cama, la araña, correspondían a la habitación de una princesa. Una larga cortina de terciopelo rojo, ennegrecido por el tiempo cubría casi toda la pared. Todo estaba extrañamente ordenado, nada fuera de lugar. Los aparadores y el ropero estaban llenos de hermosos vestidos que no usaba desde mucho tiempo atrás.

Sanó. Continuó hirviendo bofe los jueves y peleando con su gato, amenazándole de que le iba a cortar la cabeza y ponérselo en un florero por orinar en el piso. Continuó comiendo galletitas con el mate y canturreando mientras ofrecía un sandwich de queso a la vecina que nunca le aceptaba comida alguna.

Muchísimos jueves después, un viernes de mañana, se escuchó llorar al gato dentro de la pieza. Doña Dominga golpeó la persiana, pero doña María no abría, entonces pidió ayuda para forzar la cerradura.

Vestida con un vestido de lana verde, doña María dormía. En su rostro blanco se veían perfectamente los surcos negros y las manchas.

A un costado de la cama estaban los dos bolsones con comida, y uno de ellos ya había sido asaltado por el gato, que sentía mucha hambre.

La otra batalla

Somnoliento acarició el mortero que yacía a su lado. Casi imperceptibles sonaron a lo lejos algunas explosiones aisladas. «Los primeros combates del amanecer», pensó. Volvió a dormirse profundamente y soñó con Elodia que estaba preparando el desayuno para las criaturas; soñó que volvía con una condecoración y la alegría de la misión cumplida.

Sintió la humedad del pasto donde estaba tendida la raída manta, y la humedad le mojó los pantalones que alguna vez habían tenido un subido color verde olivo. Abrió los ojos y buscó el mortero, pero su lugar estaba ocupado por su bastón hecho de un palo de escoba. No estaba el mortero ni había batalla alguna, sólo una gran cantidad de árboles, bancos de madera y grupos de ancianos como él. Se levantó con dificultad y se sentó en el banco más próximo para acomodar su manta; se tocó los pantalones y los sintió tan húmedos que comenzó a tiritar.

Los pájaros alborotaban las copas de los árboles, con sus saltitos y trinos estridentes, mientras una lluvia rosada de flores de lapacho caía en toda la plaza. Trató de levantar el cierre de su campera, pero éste (ya casi sin dientes), se detuvo a mitad de camino y no pudo cumplir su misión de protegerlo del viento frío.

Por allí cerca, cuatro ex combatientes compartían un mate que iba pasando de una mano temblorosa a otra, cebado desde un achatado tazón de aluminio, lleno de oscuras costras. Se acercó a ellos y sumose a la ronda en torno al rústico calentador a alcohol que sostenía el cacharro humeante.

Ni bien se ubicó le contaron que don Lekú fue encontrado muerto en el otro extremo de la plaza, inerte de frío, sin manta y abrazado a una botella semivacía de caña, y que había venido una ambulancia a recoger el cuerpo. Eugenio se sorprendió de no haber despertado con el ruido. «Es que dormías como un tronco abrazado a tu bastón», le dijeron los demás.

Como a las diez llegó la vendedora de empanadas, milanesas y tortillas, quien fue recibida con silbidos de aprobación por los olvidados soldados. Don Eugenio pudo comprar apenas una tortilla sin pan, porque se le habían acabado las escasas monedas que quedaron de su exiguu sueldo. Esa tortilla sería quizás la única comida en todo el día, sólo rellenaría su estómago si es que sus amigos le invitaban con otra ronda de mate o alguno le cedía la mitad de su chipa.

Se extendió en el banco en medio de la rosada alfombra de pétalos caídos y pensó en su familia que se fue yendo de a poco. Elodia al cementerio, tantos años atrás, y los hijos a trabajar muy lejos y dejando en completo olvido al padre anciano. Entonces quedó solo. Primero remató el rancho y las pocas cosas, después cuidó autos durante muchos años frente a la Catedral y en el centro de la ciudad; pero luego llegaron los achaques, la reuma pronunciada, la sordera paulatina y todo lo demás.

Pensó en Lekú que era mucho más joven y más fuerte, pero con el organismo más dañado por la seguidilla de catarros nunca tratados y el exceso de caña «para matar las penas», como solía decir. Dormitó en el banco con las manos entrelazadas como orando y volvió a soñar con los negros cabellos de Elodia y el juego de los niños, y una vez más escuchó diferentes estallidos que no eran otra cosa más que los ruidos de motores de los ómnibus que pasaban por la avenida.

Sintió mucho frío en los pies y una sensación de dolor en el estómago, quizás no dolor físico sino una sucesión de hambres nunca bien satisfechos.

Cuando cayó la noche volvió a extender su agujereada frazada sobre el césped húmedo y se preparó a dormir, fijos los ojos en la semioscuridad de la plaza. Pensando que tal vez esa sería su última noche y que seguiría a Lekú por la madrugada.

Pero tal vez amanezca otro día para continuar peleando esta batalla.

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)**, para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

